

go por gloriosas no sólo las honrosas retiradas, sino la huida misma.

Procuré igualmente reprimir la ira, teniendo presente que había Sócrates vencido su natural. Moderé el deseo de gloria, no obstante que apetecía adquirirla por los caminos anchos del honor y la justicia, y no por los atajos y sendas extraviados del valimiento y las intrigas. E intenté también endurecer mi corazón, desterrando aquella delicada sensibilidad que, si ha sido origen de algunos efectos buenos, como la ternura y compasión de la miseria ajena, ha producido también otros reprensibles, como el amor profano.

Pero es preciso confesar que en la pelea, con la última de mis propiedades, es en la que he avanzado menos, porque es en la que he encontrado más dificultad. Mas al fin como he logrado algo, no debo omitir los medios de que he usado. Los principales han sido, sobre el supuesto de que no hay cosa tan mala que no tenga algo bueno, al registrar todas las faces, caras ó aspectos de cualquiera objeto, para mirarlo sólo por donde menos me incomoda, apartar del pensamiento lo que me mortifica, y ni aun hablar de lo que me es sensible, pues muchas veces suele causar sentimiento en las conversaciones y las quejas el objeto mismo que no lo había exitado á su presencia. Pensar ó hablar sobre lo que aflige, cuando no se ordena á su remedio, es enterrar la daga que está clavada en el corazón.

Lo expuesto que refiero al último año del curso teológico, no es porque en él lo hubiese practicado completamente; sino porque entonces comencé á emprenderlo, siendo sus principios la conclusion de la Teología.

Al fin de ésta, por consejo de uno de mis catedráticos, hice ensayo de no escribir la lección de media hora que se acostumbra en el Colegio, releyendo de apuntes, y me encontré más desembarazado, que quando había leído en la Academia. Pero aunque lo he repelido otras veces, jamás lo haré en los casos de empeño en que se desea correcta y torneada la dicción.

## LEGAJO 2.

### APUNTE 1.

#### Jurisprudenc

Quando me gradué de Bachiller en Teología, contaba diez y nueve años de edad y uno y medio de enamorado de una jovencita mexicana. Su hermosura era tanta á mis ojos, que no sólo borró de mi corazón la antigua imagen de Ignacia, sino también mi inclinación al estado eclesiástico. Hasta su nombre de Camila sonaba dulcemente en mis oídos, y bastaba sólo á inflamarme.

La ocasión de mis amores fue la costumbre que tuve de pasar algunos días de todas las vacaciones en México, en casa de una tía mía, madre de Camila. La comunicación frecuente engendró en nosotros una afición, que creciendo por grados de año en año, llegó á ser un amor consumado. Enlazadas con este nudo las almas, resolvimos añadir al vínculo del parentesco el conyugal.

Su casa estaba en auge, pero la mía en decadencia, y era preciso abrirme un camino de subsistir, sin contar solamente con su dote, á lo que el honor no me permitía allanarme. El estudio de la Jurisprudencia fué el medio que luego se me presentó. Pero siendo prohibido á los becas de merced en el Colegio, hablé al Rector para que me obtubiese licencia del Prelado, exponiéndole que entre tanto cumplía la edad para ordenarme, me parecería oportuno instruirme en los Cánones, tan necesarios á un eclesiástico.

Cayó en la red, y expresándome sería una lástima no cursase también el Derecho Civil, sin el que nadie se impone perfectamente en el Canónico, pasó á pedir la licencia al Obispo, quien la concedió precisamente para el último, prohibiéndome el primero. Pero en los términos en que se me había explicado el Rector, me hicieron aventurarme á cursar

uno y otro, formándome el juicio de que este lo disimularía aún cuando lo supiere.

Comencé, pues, mis cursos en obsequio de Camila, idolo que había erigido sobre la ara de mi corazón; pero coloqué á su lado el deseo de cátedras y demas distinciones á que me era licito aspirar como pasante teólogo, creyendo podía obtenerlas entretanto se sonaba la coyuntura de mi casamiento. Este deseo, con no ser el principal objeto que me arrastraba, me atrajo mil sinsabores; siendo en que al principal, á ti jó Camila! debo el estudio de una Facultad que tanto me ha servido.

## APUNTE 2.

### Dos lances raros.

No puedo omitir dos lances ocurridos en las vacaciones, en que acostumbré ir á México. Habían ahorcado en esta Ciudad á un ladron, llamado *el Veleto*, que descolgándose por las azoteas y abriendo con ganzua las puertas, robaba las casas. Me contó esta historia mi tia, significándome su sobresalto por los compañeros de aquel, que aun andaban haciendo fechorias, de lo que me intimidé un poco.

Una noche en que de sobremesa se había hablado largamente de los ladrones, á la mitad de ella, me sobresaltó escena la más terrible. Dormian en la misma pieza que yo un primo mio, y un bordador que estaba trabajando varias obras de la casa. Los gritos de éste, llamando á las demas gentes de allá, me despertaron de mi profundo sueño. Descubrí diez ó doce hombres armados de sables y trabuco, cubiertos hasta más de la mitad los rostros con los paños de sol, y uno con una linterna en mano alumbraba á los demas.

Dos de ellos ataban fuertemente de pies y manos al infeliz bordador, que no cesaba de dar voces. «Son en vano, le decian, ya todos los de la casa están bien amarrados: di, donde está el dinero, ó te matamos.» «Yo no lo sé, respondía él afligido;» pero ellos instaban en su pregunta, y descargaban sobre él recios sablazos. Yo, entretanto, sudaba de la fatiga, me estremecía todo del miedo, y no osaba ni menearme, conteniendo hasta el resueyo.

En esto se acercaron á mí. «¿Quién es este picaro?» dijeron, y yo haciéndome el dormido, cerré los ojos; pero fingia muy mal, pues los apretaba demasiado. Tirándome de un brazo me sentaron sobre la cama, y me ataron las manos atrás, sin hacer yo más resistencia que un cordero, porque el temor me tenía hecho una cabra. «¿Donde está el dinero?» me preguntaron. «Señores, respondí con voz lastimera y temblando, yo soy un estudiante forastero, y por lo mismo nada sé de la casa.» Entónces me dieron un empujon en el pecho, de que resulté acostado boca arriba, y me echaron la ropa sobre la cara.

Pasaron á amarrar á mi primo, á cuyo tiempo noté que mi ligadura estaba fácil de que la desatase yo mismo, lo que no me resolví á hacer hasta que no se fuesen. Pero ántes de este evento, que deseaba con impaciencia porque ya me ahogaba la ropa, se desató en carcajadas de risa la comitiva de ladrones, que lo eran mi tia y primas con sus criadas disfrazadas, y dos hombres que eran los amarradores. Las perdoné la jácara y mofa que me hicieron, por el susto que me quitaron, que puede reputarse por uno de los mayores que he tenido.

No fué poco el del segundo lance, al que sirvió de teatro una hacienda, cuya cosecha se celebraba con unos toros que se jugaron en el patio. Yo los veía desde el corredor alto, con las mujeres al lado de Camila. Desde allí me burlaba de mis amigos que hacian de toreadores, charlando como una cotorra. «Baja acá si eres hombre, me repetian, y veremos que tal lo haces.» Me sentí inflamado de aquel valor que excita la presencia de las mujeres, y bajé al punto con el paño de Camila, que ella misma me había dado para hacer el lance, lo que me infundió nuevo espíritu.

Me fuí para el toro y, puesto de pié, derecho en la mitad del patio, lo llamé con con brio y voz esforzada. El, que no era sordo, acudió luego y se vino con furia sobre mí. Lo aguardé y le hice con aire el lance, hurtándole el cuerpo diestramente. Pero la verdad me llenó de pavor su cercanía, al ver aquella desaforada cornamenta, aquellos ojos encarnizados que me parecieron del tamaño de ruedas de molino, y sobre todo aquel resoplido que el miedo me figuró como un fuerte huracan.

«Ya no más, dije dentro de mi,» y revolviendo la fieras,

*Handwritten notes in blue ink:*  
Tomando el toro  
y bajando al punto  
con el paño de  
Camila, que ella  
misma me había  
dado para hacer  
el lance, lo que  
me infundió nuevo  
espíritu.

no la esperé, sino que eché á correr para ganar la escalera. Antes de llegar tropecé y caí. El toro no hizo más que darme un hocicazo en los fundillos de los calzones y pasarse de largo. Las risotadas y algarabía que armaron, no me imprimieron tanto, como la glosa que armaron las mujeres del pasaje. «Llegó el toro, exclamaban, lo olió y dijo, es estudiante, se la perdono.»

¿Y decaí por esto de la estimación de Camila? Nó, porque no me quería para toreador. Antes por el contrario quedó tan corrida como yo, y pareció quer'a aliviarme llevándome la mitad de mi bochorno, con lo que me descargó enteramente dél como que era el único objeto á que yo atendía y procuraba complacer. Saqué de este lance la doctrina de no meterme á lo que no se, y así dél, como del anterior, la de no exponerme á los peligros superiores á mi esfuerzo.

APUNTE 3.

Hermanos.

Se llegó el tiempo de que pusieran á estudiar á mi hermano José Manuel encargándolo á mi cuidado como era regular, y comenzando yo á ejercer las funciones de padre de familia. No pareció sino que emulándose conmigo, aspiraba á igualar mis travesuras; pero hizo más, las aventajó. Ni el Diablo pensara lo que á él se le ponía en la cabeza, y era la misma honda de Pilatos, como suele decirse. ¿Se ha oído jamás que un muchacho caze ratones, como gato? Pues este lo hacía.

Había en nuestra vivienda, debajo de la ventana, una alacena al haz de el suelo, donde habían anidado los ratones. Allí era donde José Manuel, tendido boca abaxo y metido medio cuerpo dentro de la alacena, tenía la paciencia de estarse una hora ó más espiondo los agujeros. Al raton que acertaba á salir, atraído del olor del queso con que los llamaba, lo tomaba con las manos, y no lo largaba aunque lo mordiese. Pero ¡que buria tan pesada la que se le seguía!

Le metía por el orificio un popote grueso, bien enhuecado, y por él le soplabá incesantemente, sin desistir por el mal olfato que traía consigo el aire que solía repelerse. El infeliz animalejo llegaba á aventarse de manera, que aun soltándolo

Tomado de "El Quijote" pero allí son perros y ratones.

lo, no podía huir, y él se complacia con verlo embarazado, pero sin movimientos, redondo como un tomate.

Una vez se llegó quedo por detras de un muchacho, y le rompió un huevo en la cabeza: al voltearse como era natural, le arrojó á los ojos una taza de aguardiente, con lo que no pudo verlo y echó á correr. Otras ocasiones por la noche, quando ya estaban todos acostados, tocaba la puerta del quarto que se le antojaba. «¿Quién es?» preguntaban de adentro. «Yo soy.» «¿Pues qué quiere Ud.?» «Nada, no más bullir á Ud.» Esto respondía y huía.

De este modo, á cada momento tenía quejas dél, con lo que me desesperaba, mayormente porque nada aprovechaba, no obstante los repetidos azotes con que lo atendían, porque veía los estudios con el mayor fastidio y repugnancia. Aburrido lo avisé á mi padre, quien lo sacó del Colegio, llevándome en su lugar otros dos hermanos más chicos, uno en pos de otro, los que me dieron tambien bastante guerra; pero no llegaron con mucho ni á la mitad de lo que el anterior. Todo lo sobrellevaba con la esperanza de mi futuro casamiento con Camila, cuya memoria alimentaba un clavel que ella misma me había dado, y que yo guardaba como reliquia entre mil papeles, porque estaba tan seco, que de verlo se reducía á polvo. Lo visitaba á menudo regalándolo con ósculos, porque no me faltaba aquella especie de supersticion amatoria, inseparable de aventuras galantes.

Si esto a verdad el "hermanito" era simple mente un "canallita", pues debio de quedar ciego el agredido; pero lo supongo un "recuerdo literario" de la picaresca, muy de moda en esa época (Gil Blas, El Lazarillo, Guzmán de Alfarache, etc)

APUNTE 4.

Desgracias.

Al mismo tiempo de cursar Jurisprudencia, me ejercitaba en las funciones de pasante Teólogo, y aun los exámenes anuales los presentaba de esta Facultad, por no poder lucir la primera. Crecía cada día mi ambicion escolástica, pero tambien la dificultad de adquirir los honores á que se terminaba. Yo no omitía medio conducente á ellos, pero ¡que débiles son los de aquel á quien ni los enlaces, ni las riquezas, de su casa le abren la puerta del favor.!

Me opuse á las becas del Colegio de Sn. Pablo que deseaba con ardor, no sacando otro fruto que una tempestad de

sinsavores y contradiccion cuyo recuerdo me es amargo. Subieron por sobre mí á las Cátedras, no sólo aquellos condiscípulos que yo juzgaba de inferior mérito; sino tambien mis posteriores. Mi Rector, á quien debía concepto, me proponía constantemente para las que vacaban; pero era mayor mi desgracia que su influxo, y la respuesta ordinaria del Prelado era, ser yo muy muchacho todabia. De este modo las esperanzas de colocacion que concebí al cerrar la Teologia, y que con nadie hubiera cambiado entónces, quedarou burladas por los mismos que las envidiaban.

Hicieren ademas Vice-Rector á un hombre orgulloso, intrépido, de un genio brutal y de talento correspondientes al genio mismo, cuyo nombre suprimo, por que me deba esta consideracion, á que en realidad no se hizo acreedor. Era mucho ménos antiguo que yo, nos habiamos tratado familiarmente, solicitando él mi amistad, y habia sido yo su recurso en los casos de argumentos, consultas y pasos. No obstante, me desconoció enteramente quando se vió constituido sobre mí, y no trataba sino de mortificarme, poniéndome más de una vez en el estrecho de perderme.

Crecía entretanto la probeza de mis padres, que contaban ya, conmigo, cinco hijos varones y una hembra, sin traer á colacion los muertos en la infancia; y se aumentaba por lo mismo la escasez de mis asistencias. No faltaba para colmo de mis infortunios, sino el golpe terrible que sufrí, estando ya en último año de mis cursos.

Un criado de mi casa, que solía ir á verme, fué el funesto mensajero de una nueva la más dolorosa para mí. «Ya sabe Ud. me dixo despues de saludarme, cómo se casó Doña. Camila?» La conmocion que sentí, no puede explicarse, y por sin duda que la manifestaría en el semblante, pues experimenté un trastorno universal en mi máquina. No obstante, en fuerza de la máxima que me habia establecido, de no apretarme el dogal que ya tengo en la garganta, ni apurar las heces de mi cáliz amargo, procuré luego divertirlo del asunto. «Si ya lo sé, le respondi, y ¿qué otras novedades hay en casa?» Con esto eché la conversacion á otro rumbo, quedándome sin saber más en la materia.

Quando estuve á mis solas, me acometió un tropel de pensamientos á que no pude, aunque quise, impedir la entrada. «¿Quién será, me decia yo, el dichoso, que me ha robado

*Handwritten notes in blue ink on the left margin of page 32, including phrases like "Hicieren ademas", "No obstante", and "me desconoció enteramente".*

la mano de mi esposa» No hay duda que tendrá un mérito sobresaliente, pues ella lo ha querido. Pero ¿su fé cómo me ha faltado? Una mujer que jamas me dió que sentir, en cuyos amores nunca vi la cara de los celos, y cuya constancia probada tanto tiempo me parecia más firme que las rocas, ¿ha podido mudarse de improviso y admitir otro amante? ¿En donde están aquella ansia que significaba por el logro de nuestros deseos, aquella ternura con que me requebraba, aquellos suspiros y finezas que la debía? ¡Ha Camila, Camila, quanto me cuestas!»

No tuve un instante de consuelo en el espacio de quince dias; anduve fuera de mí en todos ellos, me entregué del todo á la pena, y me pesaba hasta la vida. Pero embotándose poco á poco los filos de la daga que me heria, comenzó á disiparse el nublado que me ofuscara, se fué despejando mi razon, y di en mover mi tragedia por otro aspecto, que el de una libertad para abrazar el estado eclesiástico. Sentí renacer en mí la antigua inclinacion á él, que habia estado como adormecida; pero no fué sino para nuevos sinsavores.

APUNTE 5.

Eleccion de estado y de protector.

Llevado de mi inclinacion á la Iglesia, y desprendido ya de las amarras que me detenian para entrar en ella, emprendí un maduro exámen sobre la eleccion de estado. Me resolvieron por el eclesiástico, entre otras, dos reflexiones; la una la guerra y cuidados de los hijos, de que habia tenido una muestra en mis hermanos, y la principal, que sólo quando pensaba en el Mundo y sus placeres, me agradaba el matrimonio, y aquél quando me acordaba de mi salvacion y las cosas eternas.

Deliberé pretender las primeras órdenes; pero no tenia capellania, ni sabía idioma alguno á cuyo titulo recibirlas. Me pesó entónces no haber empleado en los del país, el tiempo que invertí en aprender el francés. Tomé una tintura superficial del mexicano, y me presenté á título de principios del, por no carecer de exemplar el haber varios comenzado

*Handwritten notes in blue ink on the right margin of page 33, including phrases like "la mano de mi esposa" and "No hay duda".*